

XXXV PREMIO LITERARIO TAURINO «DOCTOR ZUMEL»

Revivir lo antiguo, construir lo moderno

Cooperación necesaria entre jóvenes y mayores para el
conocimiento y evolución de la tauromaquia del siglo XXI

Roberto Rodríguez

A mi padre

1. Preámbulo

1.1. De mayores a jóvenes. El nacimiento de una pasión

Toda inclinación hacia cualquier actividad humana no surge por generación espontánea. Ya sea propiciada por lo que se estila y anima al individuo a participar, directa o indirectamente, de esa común devoción, ya sea porque alguien cercano —familiar o amigo— se la contagie, sea como fuere, siempre es el amor de otros, de otro, lo que anima a un intenso amor particular hacia una costumbre o expresión.

El ejemplo más meridiano con el que ilustraríamos la primera coyuntura, aquella afición que nace porque una mayoría de la población la profesa, es, cómo no, el fútbol. Más allá de que en el hogar se practique o se siga, toda persona, desde su más corta edad, recibe estímulos para que más pronto que tarde se calce unas botas con tacos o, simplemente, sin tardanza, se enfunde la zamarra del equipo que, hasta el fin de sus días, será el de su corazón.

Una afición no imbuida por el ambiente social y sí por el ambiente privado es, verbigracia, la de la lectura. Independientemente de que pueda nacer la bibliomanía en la etapa escolar, es frecuente hallar al devorador de libros que tuvo en alguno de sus padres, en uno de sus hermanos, la razón de que ellos lo sean.

Circunscribiéndolo a la afición a la tauromaquia, desde muchos años a esta parte nace principalmente en el ámbito privado. Antaño, siendo el papel de un ascendiente fundamental, no era raro encontrar taurófilos que habían adquirido esa condición influenciados por la atmósfera reinante. Así ocurrió con, ni más ni menos, José María de Cossío.

«Mi afición a los toros data de mis años mozos. Nace al calor de mis juveniles horas salmantinas en las que cursé asignaturas de la Facultad de Derecho en su famosa e insigne universidad.»¹

Mas, indefectiblemente, es esencial la función del padre o del abuelo, o de ambos, y de ello hallamos múltiples ejemplos en aquellos que han dedicado a la

¹ De Cossío, J. M., (ed. 1988), *Los toros V*, Espasa Calpe, Madrid.

información taurina su labor profesional, como Matías Prats —«Influyó mucho en mi taurofilia el que fueran aficionados mi padre y mi abuelo, que yo sea andaluz y que viviera en Montoro.»²— o Fernando Fernández Román:

«Mi padre, hombre bueno y culto, me enseñó aupándome con sus brazos lo hermoso y bello que puede acaecer en el ruedo de una plaza de toros (...) como tantos y tantos compatriotas contemporáneos, le estaré eternamente agradecido.»³

Un escritor de la talla de Miguel Hernández se introduce en la fiesta de los toros de la mano de su progenitor —«su padre habría sido quien le inculcó, queriéndolo o sin querer, su afición a los toros llevándolo a verlos de vez en vez en las tardes orcelitanas de las corridas.»⁴—, y otro egregio, Mario Vargas Llosa, de la de su abuelo.

«Una de las maneras más excelsas y fascinantes de vivir la aventura, eso es el toreo, así lo recuerdo y concibo desde que mi abuelo Pedro me llevaba con 9 años a la colina para ver corridas de toros ante la inmensidad de la ciudad de Cochamba.»⁵

Estos son unos pocos ejemplos de otros muchos que apuntaríamos de cómo la afición de los toros se imbuje de las generaciones anteriores a las que son actuales; ejemplos que si lo ampliamos a coletudos en cuyo primer capítulo de su biografía profesional aparece su abuelo raro sería el que éste no se mencionara. Y no aludimos a aquellos que pertenecen a una celeberrima saga torera. Aludimos a, entre otros, Leandro Martínez, de Enrique Ponce; Celestino Román, de José Tomás; o Emilio Rodríguez, de Alejandro Talavante. Que conozcamos su nombre, y no quede citado por el lazo familiar, sin más, hace palpable la trascendencia de ellos.

² Prats, M., «La narración oral de la lidia», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 587, mayo 1999, p. 32.

³ Fernández Román, F., (17 de octubre de 2020), «Aplastar el germen», *República*, <https://www.republica.com/opinion/obispo-y-oro/aplastar-el-germen-20201017-3282378>

⁴ Balcells, J. M., «Miguel Hernández, la forja de un aficionado taurino», *Calobre*, núm. 56, invierno 2009-2010, p. 225.

⁵ Vargas Llosa, M., (ed. 1969), *Conversaciones en La Catedral*, Seix Barral, Barcelona.

1.2. Análisis de un hecho constante

¿Qué denota el afán de los mayores por hacer partícipes de su pasión a los últimos en llegar a la familia? ¿Qué elementos posee la tauromaquia para que los más veteranos deseen que los últimos de la estirpe compartan su inclinación?

Antes de adentrarnos en el tema central de este trabajo, la necesaria cooperación entre jóvenes y mayores por el bien de la tauromaquia del presente siglo, analicemos ese modo habitual de inoculación del veneno de la afición a niños y adolescentes por parte de los familiares de más edad. Un examen atento nos ayudará a comprender aún más qué esconde la propia alma taurica y que denota el afán de abuelos y padres para que por las venas de los parientes menores corra la sangre seducida por las corridas de toros.

A vuelapluma, una conclusión evidente: el sentimiento profesado por abuelos y padres hacia la tauromaquia lo definiríamos certeramente con una sola palabra: devoción. Ahora bien, es una devoción con unas características muy concretas: quien la posee quiere transmitirla a sus descendientes, más o menos cercanos, tal si fuera una, califiquémosla, *herencia sentimental*. Es decir, el receptor de su sabiduría la recibe como legado instructivo; capítulo iniciático que, como veremos más adelante, va más lejos que de la enseñanza de los entresijos de una tradición.

Si comparamos la afición taurina con otras aficiones, ya sean deportivas o relacionadas con las bellas artes, observamos que la etapa de inculcación es distinta. Como en la deportiva —pensemos en las simpatías hacia un club futbolístico—, se otorga el sentido de pertenencia, un sí es no es impuesto en el universo balompédico. El lado pedagógico no es tan complejo en lo que incumbe al deporte rey como, por ejemplo, cuando abuelos o padres pretenden que el descendiente ame, como ellos aman, un lenguaje artístico; una complejidad que también atañe a la tauromaquia. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los amantes de las artes son exteriormente más comedidos en su disfrute que los seguidores taurinos y deportivos. Por otra parte, tanto la afición deportiva como la artística son, por calificarlo de algún modo, exclusivamente humanas,

sin que un ser vivo diferente participe como ocurre en la tauromaquia. Podríamos traer aquí a la caza o la hípica como deportes en los que el animal es parte fundamental para su práctica, pero la actividad cinegética y la equitación carecen del sentido teatral que tienen los toros, circunstancia relevante en su desarrollo y en la magnitud del significado que guarda.

Por todo ello, y desde un punto de vista indiscutible, la fiesta de los toros es de una riqueza abrumadora: la emoción y la belleza envueltas en una liturgia cuasi religiosa hacen de ella una manifestación humana sensacional. Cuando sus detractores la señalan como un espectáculo que únicamente busca saciar los más bajos instintos de sus seguidores, el juicio, elemental a todas luces, es raquíticamente sobrecogedor.

El antitaurino no ve más que sangre en la sangre, obviando toda metáfora; sangre que en sus ojos inunda todo, ocultado el anhelo de armonía que mueve a todos los actores en la arena. El antitaurino, al contemplar los tendidos, toma al gentío con una turbamulta de crueldad insaciable. El antitaurino, en fin, confunde todo lo que concierne a la causa de su antipatía.

La tauromaquia es popular, sí, pero es una manifestación en las antípodas de la simplicidad. La tauromaquia se nos muestra extraña a estos tiempos, de acuerdo, pero no vive anclada en una fecha pretérita: palpita enérgica en el espíritu de la tierra donde se erigen los cosos. Esa doble característica, compleja por un lado, atávica por otra, hace que el viejo aficionado tome de buena gana el papel de tutor de los más pequeños.

No dejemos de lado, en esta disección, la complejidad de los festejos taurinos, la abierta interpretación que existe. Si la descripción de las reses, según su morfología, requiere una erudición previa; si éstas puede ubicárselas en un intrincado árbol genealógico de encastes; si las suertes ejecutadas por los diestros responden a innumerables nombres; si, en definitiva, se requiere un amplio saber para bautizar lo objetivo; lo subjetivo, o sea, la conducta presumible del animal a lo largo de la lidia; el mérito del torero, la emoción que proporciona su hacer, eso que es inmensurable, es para el aficionado terreno personal dispuesto a defender. Y aquí el taurófilo que peina canas, deseoso de

trasladar sus conocimientos, objetivos y subjetivos, a quienes lo merezcan, tiene en los miembros de su prole los mejores discípulos; antaño, en el coso taurino, hoy, frecuentemente, delante de la pantalla televisiva.

Hasta aquí el porqué del afán del abuelo, del padre, que hereden sus nietos o sus hijos el gusto por las corridas de toros. No exclusivamente porque sea un espectáculo más, aun siendo extraordinario. Subyace algo inefable en la misma tauromaquia que trasciende el mismo hecho taurino.

El escritor Ray Lóriga afirmaba: «Mi abuelo me dio muchas clases de toros, pero después nunca fui a los toros, así que no sé si me han servido de algo. Lo poco que sé de toros, lo sé por mi abuelo Paco; lo poco que sé de la vida, casi que también».

La remembranza del novelista madrileño denota algo digno de llamar la atención, más si tenemos en cuenta que su abuelo, como él recuerda en el mismo artículo, «no había leído muchos libros, pero se sabía el Cossío de cabo a rabo»⁶. Es decir, unido el conocimiento vital aludido en el párrafo anterior a estas últimas palabras citadas, colegimos que la tauromaquia, en sí, es una excelente escuela existencial; algo que no debemos echar en saco roto al considerar los motivos por los cuales la taurofilia es una pasión digna de legar tal si fuera una joya preciosa. Porque ese episodio biográfico de Ray Lóriga es un episodio que, con matices particulares, de muchos, aficionados y no, puede ser el suyo.

Este es el capítulo que antecede al que nos detendremos, el de la tauromaquia del siglo XXI y cuál debe ser la aportación nacida donde confluyen el criterio de los aficionados veteranos y el de aquellos con toda una vida por delante de amor a los toros, para que la fiesta taurina continúe contribuyendo, viva, a la riqueza cultural de nuestra sociedad.

Porque hasta aquí hemos hablado de esa primera instrucción a las corridas de toros; corridas donde, posteriormente, unos y otros, adultos y los ya no niños, sino jóvenes, convivan y compartan experiencias; estrechen lazos allí donde hunde sus raíces el ancestral rito del arte taurómico.

⁶ Lóriga, R., «El nombre de algunas cosas», *El País*, 31 de mayo de 2008.

No obstante, antes de ello, nos preguntamos cómo, a la manera de ese tendido joven que busca la participación de las nuevas generaciones en las funciones programadas, de esos precios módicos para los aficionados ya jubilados; existiendo todo ello, decimos, no se impulsa igualmente ese maravilloso vínculo de adultos y niños de una misma familia permitiendo el acceso al festejo con entradas contiguas por un importe menor. Pocas inversiones mejores que ésta para un futuro halagüeño de la tauromaquia.

2. La tauromaquia, un arte en continua evolución

Toda actividad humana que vive a lo largo de los años no permanece inalterable, inmutable a las transformaciones de la sociedad misma. Tomada una actividad cualquiera del tipo que fuere, reparamos que en un periodo determinado varía empujada por factores no únicos; contagiada por la atmósfera propia de los tiempos y, también, por motivos meramente técnicos. El arte podría ser perfecto ejemplo de lo expuesto: todas las expresiones con las que se manifiesta —musicales, literarias o plásticas—, tienen sus respectivas edades cuyo nombre, el de cada una de ellas, responde al de un movimiento determinado; supongamos el Gótico, el Neoclasicismo o el Romántico.

Fijándonos en el toreo a pie, advertimos que desde sus inicios hasta nuestras fechas el concepto de la lidia ha cambiado: en un principio la importancia de la estocada era tal que todo lo que la antecedía tenía su razón de ser en preparar al animal para efectuar la *suerte suprema* con absoluta perfección. La locución de marras es sumamente descriptiva. Hoy, siendo tan fundamental como para que el premio de un apéndice dependa del resultado de su ejecución, la base de la faena son los pasajes artísticos con la pañosa que anteceden al instante en el que el matador, con el arma en la mano, se perfila delante de la cara el toro.

Y si conceptualmente la tauromaquia ha variado, qué decir de su aspecto técnico. Desde el tamaño de las telas a la desaparición de algunos instrumentos, tal como la media luna con la que se desjarretaba a las reses difíciles de sacrificar. No obstante, quizá la mayor innovación en estos más de dos siglos de toreo a pie haya sido el peto. Su introducción reglamentaria en 1928 no sólo quitó crueldad al primer tercio, desapareciendo la poco gratificante visión de

jamelgos desventrados o cadáveres de éstos yaciendo en la arena; a su vez trajo otras transformaciones: el castigo modificado, modificó la conducta del toro; es decir, modificó, a su vez, la lidia.

De acuerdo, la fiesta de los toros guarda una misma esencia: un hombre pone en juego su vida delante de un peligroso animal; en los minutos que comparten protagonismo en el ruedo, él realiza una serie de emocionantes suertes que provocan la admiración del respetable. Ahora bien, no es idéntico su desarrollo ni la razón que ha conmovido al público durante su historia. Si, pongamos por caso, un aficionado actual presenciara una corrida del XIX y observase el entusiasmo que provoca en los espectadores la prontísima ejecución de la suerte de matar, no saldría de su asombro; la misma perplejidad que albergaría un aficionado de entonces si asistiera hoy al desdén del torero a los cronógrafos con tal de cuajar su toro con la muleta: acogería su tozudez con irritación casi incontenible: «¿por qué tantos pases si el toro ya está suficientemente quebrantado?», musitaría⁷.

⁷ Compárense alguna de las reseñas actuales que refieren el premio de una o dos orejas tras un aviso —sin ir más lejos, la de Sebastián Castella a *Rociero* del pasado 19 de mayo en el ruedo venteño— y el siguiente extracto del semanario *Sol y Sombra* que recuerda en su número 16 un festejo celebrado en Málaga el 7 de julio de 1859:

«*Chorrero* se llamaba, negro y chorreado en morcillo. ¡Canela fina de verdad! Boyante y pegajoso tomó levantado seis varas y veinte en rectitud, matando cuatro caballos é hiriendo á dos. El famoso picador Gallardo se lució de veras poniendo varas magistrales. Los banderilleros *Ratón* y *Bocanegra* (el primitivo, conste) lo banderillaron con un par al trascuerno y tres á media vuelta.

»¡Qué expectación cuando Redondo, montera en mano é hincando la rodilla izquierda, dijo el brindis bajo el palco real!

»¡Se sentía el vuelo de una mosca!

»Oído, que esto es histórico: “Brindo por S. A. E., por su augusto esposo, por la Infantita mi señora, por tóala gente de Málaga y los forasteros”. Durante este brindis, tan serio como oportuno, todo el público se descubrió y se puso de pié.

»Velázquez, Goya, Fortuny, dadme vuestro pincel y vuestros colores para retratar á aquel coloso del arte.

»Con aquellos andares de gracia, aquella presunción ingénita de su valor y tipo torero, fuese al toro derecho y colocándose erguido ante la fiera, cuadró la muleta —¡viva su *mare!*— y con sólo *dos pases* lo echó á rodar de una soberbia, inmejorable, por todo lo alto, estocada *recibiendo*. La salva de aplausos hizo retemblar la plaza y Redondo fué á hacer el saludo en cuyo instante le aplaudió el Duque de Montpensier, arrojándole una preciosa bolsa de seda con dos onzas de oro. Risueño el *Chiclanero* dió expansión á sus sentimientos mostrándose agradecido, en tanto el público colmábale de aplausos y vivas.

»¡Eso era matar un toro, eso!»

El toreo, siendo como es un hecho ancestral, no es ajeno a los tiempos en los que se manifiesta. Acorde con ellos, desde su nacimiento, el espectáculo se ha suavizado progresivamente porque la sociedad, así mismo, es más escrupulosa y, en lo que atañe a los seres vivos, no tolera con ellos prácticas que en el pasado permitía. Citábamos líneas atrás la introducción del peto; igualmente podemos aludir, por ejemplo, a los perros de presa utilizados hace dos siglos para menoscabar las condiciones de los toros mansos. Pero, siendo como fuere, no infiramos de modo precipitado que eran lances del gusto de un público más rudo; se trata, sencillamente, de criterios de percepción conformes al espacio temporal que acontecieron. Nadie en su sano juicio afirmarí­a que el filósofo Ortega y Gasset era un bárbaro y la llegada del peto al tercio de varas hizo, como recordaba su hijo, que disminuyera su presencia en los cosos. Y es que, cómo él, muchos eran críticos con ese cambio más protector con los equinos. El político republicano Rafael Sánchez-Guerra, en artículo firmado en ABC, proclamaba: «Ni petos ni corazas. La única defensa del caballo debe ser el brazo del hombre, manejando bien las riendas y la puya o vara de detener»⁸.

En el proceso de cambio técnico, conceptual, los aficionados longevos, los de nuevo cuño, tienen bastante que decir. Por un lado, el taurófilo con muchas primaveras a sus espaldas, de por sí añorante de un ayer tantas veces mitificado, sirve de contención a todo proceso que tergiverse el espíritu taurómaco; vela para que su alma no se vea adulterada con prácticas que desvirtúan la razón de ser de los festejos. Por otro, los jóvenes aportan un fervor que vivifica el arte de Cúchares; además de estando, como están, en contacto directo con los tiempos que corren, comprenden mejor el palpito de la sociedad al que no debemos hacer caso omiso.

⁸ Sánchez-Guerra, R., «El toreo a caballo. Ni petos ni corazas...», *ABC*, 9 de marzo de 1927, p. 11.

3. Las edades del tendido

3.1. Los viejos aficionados

En la tauromaquia, por su idiosincrasia, por estar atávicamente unida a nuestro pueblo, los aficionados de mayor edad cobran una grandiosa importancia: son el nexo de unión entre quienes también amaron el arte taurino y ya no se encuentran entre nosotros, y las nuevas generaciones que se incorporan a la legión de taurófilos.

En sí, ya sólo por este hecho son dignos de admiración; pero no debemos quedarnos únicamente en una circunstancia, digamos, *honorífica*. Igualmente, desde un punto visto pragmático, son fundamentales en el devenir de la fiesta como depositarios de los principios clásicos que la envuelven, los cuales se manifiestan particularmente en la lidia canónica que pueden recibir las reses en la arena.

Pocas expresiones humanas han generado mayor bibliografía que los toros. Esta circunstancia irrefutable quizá nos lleve a la conclusión que la lectura de tauromaquias y ensayos es suficiente para poseer una erudición absoluta del arte del que hablan sus páginas. Y no es así. Es innegable que si somos asiduos a estos libros, muchos matices de los festejos no pasarán desapercibidos; sin embargo, sólo con su ayuda no menos detalles permanecerán ocultos a nuestros ojos: necesitamos escuchar la voz de los veteranos.

Sentados en el tendido, con la instrucción obtenida por una escogida selección de títulos, estaremos al corriente de muchos de los aspectos de la corrida, pero de otros tantos, no. Porque cuánto del conocimiento taurino se manifiesta murmurado en la plaza, y para adquirirlo hay que prestar oídos a ese parecer pronunciado por los más sabios; como también se alcanza luego de presenciar cientos y cientos de faenas: la experiencia acude a nuestro auxilio para susurrarnos las más atinadas predicciones; para valorar en su justa medida el quehacer de los coletudos.

El viejo, y buen, aficionado, que ha apaciguado, y aún apacigua, su inquietud en las fuentes ordinarias —es decir, en publicaciones y documentales especializados—, también ha logrado su respetable condición escuchado a

otros; una condición que no concierne únicamente a su opinión vertida de lo que en ese mismo instante sucede en el ruedo sino que le lleva a analizar los problemas que acucian a la tauromaquia y a entrever la solución idónea que pudieran tener.

3.2. Los jóvenes aficionados

Es frecuente hallar entre los aficionados de mayor edad quienes han sucumbido al desánimo; la añoranza de que cualquier tiempo pasado fue mejor se repite en el planeta de los toros. Para corroborar lo afirmado, basta hojear una antología de crónicas que narran lo acaecido en el albero en un largo periodo de tiempo: es habitual leer el lamento por la degeneración de las suertes y el empeoramiento del ganado bravo.

Muchos aficionados con cientos de corridas guardadas en su retina caen abatidos por una escasa esperanza de que ya su corazón vuelva a conmovearse; frente a ese desánimo, el aficionado joven, si bien no posee los conocimientos de aquéllos, su entusiasmo es extraordinario.

El aficionado veterano, hoy, le gustará más este o aquel torero, preferirá uno u otro de la terna; hasta quizá se declare seguidor de ese que ahora agota el papel. Mas, en todo caso, nunca llegará a emocionarle como el maestro del que fue fiel partidario años ha.

En esa situación se encuentra el joven aficionado. Se halla en esa etapa de adquisición de experiencias que le acompañarán hasta el fin de sus días; que, surgidas en un instante especialmente receptivo, conformarán el férreo esqueleto de su personalidad; unas experiencias que jamás olvidará, que las cotejará con las surgidas en el futuro. Que, circunscribiéndonos al mundo taurino, en tantas oportunidades responden al nombre de un matador determinado.

Por supuesto, el joven aficionado buscará la pureza en lo que ocurra en la arena, pero en ocasiones la respuesta de su ánimo será tan inmediata que poco le importará si se ajustaba o no a lo preceptivo aquello que provocó su vehemente reacción; no tendrá en cuenta las condiciones físicas o morfológicas del oponente del espada, las cuales, siendo sinceros, restaban méritos a su labor.

Ahí está la figura que encandila a las masas y no enloquece a los abonados con mayor antigüedad. Ahora bien, quizá también ellos, siendo chavales, se levantaron de su localidad ante la lidia realizada por un diestro al que los aficionados con muchas horas de vuelo ponían sus reparos. Ley de vida, lo llaman.

El joven aficionado, por otra parte, conoce más atinadamente el contexto en el que la fiesta de los toros se desarrolla. Hacia determinadas características de la sociedad se mostrará con la comprensión de la que carece quien lleva muchos años en este valle de lágrimas. La pervivencia de la tauromaquia radica no en la asunción absoluta de los valores que proclama el presente. Tampoco en rechazarlos de plano. Se trata, sencillamente, de aceptar aquello que no modifica su esencia, su alma. No hay que ser muy perspicaz para sospechar que en la década de los veinte, entre los que abogaban por la protección del caballo del picador, abundaban los taurófilos de menos edad.

En la tauromaquia del siglo XXI, en su conocimiento y evolución, ninguna imagen mejor que la de una embarcación de vela: el velamen, los jóvenes que recogen el viento de los nuevos tiempos; en el timón, los mayores, encargados de dirigir su rumbo.

3.3. Un encuentro imprescindible

Los pilares de la tauromaquia presente son dos: la que fue y aún perdura y la que vendrá y ya se intuye. Dijimos que esa tauromaquia pasada está representada por los aficionados más longevos, receptores del testigo de las generaciones anteriores; las que trazaron con sus predilecciones y exigencias la entonces tauromaquia vigente, cimentada, como la que hoy vivimos, en la de un ayer que perduraba y en la que se aproximaba a lomos del futuro.

Antaño, la fiesta de los toros estaba tan viva en la sociedad que la corriente vetusta, la moderna, se confundían en una sola. Ya, no. Por ello, por lo relevantes que son ambas para la misma continuidad de las corridas de toros, debemos posibilitar su mutuo y enriquecedor conocimiento. La Administración, encargada por Ley 18/2013, de 12 de noviembre, para la regulación de la Tauromaquia como patrimonio cultural, no puede permanecer impertérrita a la

obligación de facilitar el entendimiento de las voces más eruditas y las más innovadoras.

No se trata de un hecho baladí; antes al contrario. Nadie como los antiguos aficionados para saber la idiosincrasia de los festejos taurinos, la cual, ligada a la tradición más identitaria, marca unas pautas limitadoras de invenciones heterodoxas. Nadie como los nuevos aficionados para conocer el espíritu de una época, al cual necesitamos atender por su pervivencia: la tauromaquia debe resultar atractiva para que la tomen en consideración quienes quizá lleguen a amarla como nosotros.

Además, los dos grupos se complementan: hallarán en el otro un estímulo que en ocasiones les falta. Los mayores, escuchados por los nuevos aficionados, sentirán que su valioso testimonio, su profundo saber, son productivos; no empieza y termina en actos y tertulias endogámicas. Los menores, atendidos por los que en el tendido ostentan mayor jerarquía, se sentirán apreciados; su creatividad será por fin estimada; su opinión ya no será sólo corroborada por personas de una edad similar a la de ellos.

Hagamos un retrato del presente siglo, señalar sus atributos más descollantes que atañen de una forma u otra a la tauromaquia, para así saber cuáles son los retos de ésta con relación a la fecha que marca el calendario; cómo en un mundo de una modernidad muchas veces tan acelerada como ficticia puede tener cabida una manifestación atávica, ancestral, siendo respetada hasta por quienes no disfrutaban de ella.

Vayamos con estas particularidades, analizándolas y sugiriendo qué pueden aportar tanto las voces antiguas como las modernas para contrarrestar el discurso dañino para la tauromaquia derivado de una interpretación sesgada que los taurófobos hacen de las singularidades del siglo XXI.

4. Características del siglo XXI. La tauromaquia en él

4.1. Amor a la Naturaleza

La Naturaleza, entendida como bellísima casa común en la que habitamos y que, según general parecer, ha sido perpetuamente despreciada; dilapidando los recursos que nos proporciona y tratándola por nuestra civilización como un gigantesco vertedero, algo que se ha vuelto en contra de los seres humanos trastocando los ciclos climáticos. Este es a grandes rasgos el diagnóstico usual, sin entrar a valorar lo razonable o exagerado del mismo.

Los aficionados tienen mucho que decir a este respecto. Y para bien. Más de mil quinientas hectáreas mantienen intactas su flora y fauna gracias a la cría del toro de lidia. Muchas especies lo toman como guardián protector: saben que de otros animales serían presa de no estar cerca él; léase el lince y el lobo ibéricos o la cigüeña negra. Y en lo relativo a la flora, la cabaña brava rejuvenece las partes bajas de las dehesas impidiendo la invasión del matorral; así como el pastoreo itinerante de las toradas previene la desertización de parcelas más o menos amplias de la propiedad.

De ello pueden dar razón los aficionados veteranos cuya experiencia vital está más cerca de una realidad ignorada por los jóvenes quienes, por el contrario, poseen conocimientos académicos más recientemente adquiridos en los diversos grados universitarios vinculados con el medio ambiente. Ese saber de las aulas debe cobrar forma en el hábitat del toro bravo.

4.2. Animalismo

«Los animales, sin excepción, han sido vejados por el ser humano a lo largo de la historia; suerte que hogaño mucha gente los concede el reconocimiento que nunca han tenido.» Tal es, de modo extremadamente sucinto, el análisis efectuado por muchas personas, el cual lleva a tratarlos según creen merecer. Bien es verdad que la intensidad de este, para ellos, acto de justicia es gradualmente distinto, desde quienes denuncian los excesos que han padecido; pasando por los que humanizan muchas especies, sobre todo las que tienen la categoría de mascotas; hasta algunos que, sin ningún reparo, los cuasi divinizan.

Como en caso del apartado anterior, insistimos, nos limitamos a realizar una labor descriptiva, no valorativa, la cual haremos a continuación.

Tal tendencia, a todas luces hiperventilada, se halla en el ambiente y, cómo no, perjudica a la tauromaquia. En tal tesitura, las voces más adultas, y sabias, deben replicar desde la tribuna humanística —pienso en Francis Wolff o François Zumbiehl— y la tribuna biológica —léanse los nombres de los profesores Juan Carlos Illera del Portal o Antonio Purroy—. Los universitarios taurófilos de sendas disciplinas deben promover que su egregia voz se escuche en los foros de las facultades donde cursan sus estudios como réplica constructiva de todo discurso animalista desproporcionado.

4.3. Feminismo

Este encabezamiento por sí solo hace innecesaria mayor explicación. El papel de la mujer cobra, día a día, mayor fuerza, pidiendo un mayor protagonismo social. Sirva como ejemplo, por lo significativo, el fútbol, deporte cuya práctica por parte de ellas era anecdótico en fechas muy recientes. Hoy, aunque no alcanza el prestigio del masculino, ha conseguido cotas de popularidad hasta hace muy poco impensables.

En la tauromaquia prolifera lo masculino, que no lo *machista*. Porque la mujer no es ninguneada; ni mucho menos. En *Las señoritas toreras*, obra de Emilia Boado y Fermín Cebolla, se refiere:

«De la afición de las mujeres a las fiestas de toros hay testimonios expresivos desde las más antiguas relaciones. Y no sólo de la afición platónica y expectante, sino también de la afición militante y activa, como nos dice Cossío. Que hable si no la dama que arroja al toro un arponcillo para enfurecerle, en las pinturas del alfarje del claustro de Silos, que sin duda no es un caso singular, sino la expresión de costumbre reiterada en las mujeres de antaño.»⁹

Esta realidad debe divulgarse para desterrar opiniones comunes y falsas. En tiempos pretéritos, donde la mujer carecía de la oportunidad de manifestarse en tantos campos, en los toros, por comparación, sí hallaba ocasión pese a encontrar, por qué negarlo, múltiples trabas. No obstante, es digno de mención,

⁹ Cebolla López, F., Boado, E. (ed. 1976), *Las señoritas toreras. Historia, erótica y política del toreo femenino*, Ediciones Felmar.

y todos deben conocer que hubo mujeres que vistieron el traje de luces en siglos pasados. Debemos ponerlo en valor.

En todo caso, hay que abordar el rol actual de la mujer como protagonista en la arena, si debe facilitarse a través de la subvención económica a empresarios que programen su participación, si ésta debe ser exigencia en pliegos de adjudicación de plazas de temporada o nadie debe inmiscuirse porque atañe exclusivamente a los deseos del respetable. Y quién mejor para verter su opinión que los portavoces de la experiencia y aquellos que, antes que apartarse de su caudal, navegan por la corriente de esta nueva era.

4.4. La aldea global física

La fluidez de los movimientos migratorios ha transformado radicalmente la fisonomía poblacional de nuestras ciudades. Junto a oriundos de países que comparten con nosotros nuestro amor hacia la fiesta de los toros, hay muchos más que provienen de lugares cuya relación con ella es inexistente. Los nuevos habitantes nacidos allende las fronteras españolas no son pocos: siete millones y medio según las últimas estadísticas.

Siendo así, es necesario invitarlos a conocer la tauromaquia, enseñarles sus entresijos; darles las pautas para que aprendan un arte conmovedor que quizá, como a nosotros, los atrape. Y si no es así, al menos desechen las malévolas acusaciones proferidas por los tauróforos. ¿Cómo? ¿Dónde? En charlas didácticas debidamente publicitadas, siendo el anuncio de las mismas lo suficientemente atractivo para despertar la curiosidad de sus receptores.

En esta tarea tan crucial, los aficionados más veteranos, como dueños de un saber con mayor poso, podrán responder a toda pregunta surgida por los asistentes. A los jóvenes, así mismo, se les concederá la palabra en esta instrucción, como tendrán una labor importantísima en la publicidad aludida: ellos están más al tanto de los señuelos propagandísticos que se estilan.

4.5. La aldea global virtual

Hoy nada se explica sin Internet. No es un modo de comunicación más añadido a los que hay desde hace años. Ni sólo el más descollante. Son tantas las

ramificaciones de esta red informática a través de las infinitas aplicaciones y plataformas, que no hay nada, absolutamente nada, de nuestra existencia, ninguno de sus aspectos, que no tenga un icono a nuestra disposición en el teléfono inteligente, en todo dispositivo portátil, con el fin de auxiliarnos, documentarnos, entretenernos.

Por supuesto, la tauromaquia ya está allí a través de plataformas y aplicaciones; pero, siendo como fuere, tal vez deberíamos replantearnos nuestra relación con ellas porque quizá el arte taurino no ha desarrollado todas las posibilidades que brindan, algo para lo que, cómo no, los jóvenes aficionados son valiosísimos: su contribución es indispensable si pretendemos lograr unos resultados óptimos en nuestro objetivo.

Repetimos: las ramas que nacen de este tronco son innumerables, tantas que merece, más adelante, detenernos en algunas de ellas para reflexionar sobre cómo la tauromaquia puede sacarlas mayor partido y considerar el papel que tanto los viejos como los jóvenes aficionados deben jugar.

5. La tauromaquia del siglo XXI

5.1. Un intento de aproximación conceptual

No existe manifestación humana que permanezca inmune al paso del tiempo. Múltiples son los ejemplos, pero quizá el más meridiano sea el del arte. La transformación es continua, y cuando esos atributos hallan acomodo durante un amplio intervalo temporal y son aceptadas por todos y cada uno de los creadores de ese periodo da paso al estilo.

La primera tauromaquia referente al toreo a pie nada tiene que ver con la del último tercio del siglo XX, la cual aún permanece vigente con ligeros matices que nos hacen intuir sobre la que está por venir.

Atendiendo a las crónicas decimonónicas, observamos cómo todo lo que concernía a la lidia tenía exclusivamente un fin: la suerte suprema, que no debemos tomarla como una locución que enfatiza su trascendencia sino como exacta definición de un hecho concreto. Tal es así que si entre el tercio de

banderillas y el instante que el coletudo introducía el arma en la anatomía del burel sólo mediaban unos pocos pases, era tomado como el sumun taurómaco. Hoy tamaña presteza sólo precede a una bronca de proporciones ciclópeas.

Y si así era tiempo atrás, desde hace décadas, independientemente de que la rúbrica con la espada pueda modificar el resultado final de la recompensa, lo fundamental para el respetable es la manera de manejar los engaños, sobremanera la franela; de tal guisa que no es rara la actuación que el torero escucha un primer aviso no por desacierto con la tizona sino por demorarse en el muleteo.

A la pregunta qué nos deparara el futuro, barruntamos que no disminuirá la predilección del público por este capítulo de la lidia, ahora bien, creemos que se exigirá, porque tal es la esencia del arte taurino, que el toro comunique, por presencia y comportamiento, la peligrosidad que le caracteriza.

No se puede, ni se debe, encarrilar el avance de toda expresión humana, tal y como es la tauromaquia; sin embargo, sí se deben conocer todo las peculiaridades que la atañen para ser conscientes de la transcendencia de nuestra participación en su desarrollo —qué mejores maestros que los aficionados de más edad—, como, así mismo, debe escucharse a los más jóvenes porque ellos son los precursores de la tauromaquia futura.

5.2. La dehesa

En la citada importancia de que el astado muestre en el ruedo la grandeza de su raza, debemos poner nuestra atención tanto en la selección y trato del ganado bravo en el campo, como el que recibirá en la ejecución de los sucesivos tercios. Vayamos por tanto con el capítulo que incumbe a la dehesa.

En la tiente, examen de los progenitores del ideal del toro de lidia anhelado, al saber insustituible de los ganadero debe unirse el adquirido por los jóvenes aficionados en la facultades de medicina veterinaria y zootécnica, quienes no deben ignorar, antes al contrario, la sabia veteranía de los primeros. Es primordial la mutua transferencia de conocimientos que aporten los libros especializados y las libretas de los ganaderos.

Al aludir a los jóvenes graduados no queremos excluir a otros, jóvenes y no tan jóvenes, que también atesoren conocimientos en esta materia; únicamente deseamos hacer notar un hecho incuestionable: quienes tienen más reciente la etapa universitaria están más al corriente de las enriquecedoras novedades bibliográficas especializadas.

Ambos saberes, el de la experiencia, el de las aulas, debe aplicarse igualmente al encaminado a que la conducta del toro, los veinte minutos que permanece en la arena, sea la que le es propia y no la de un pobre bóvido ya derrengado al poco de aparecer en él. Para ello tanto los estudios y avances que conciernen a la alimentación y al cuidado físico de los animales son fundamentales.

5.3. Las plazas de toros

Con relación a los cosos taurinos existe una cuestión que se plantea, con mayor o menor intensidad, de cuando en cuando: ¿debemos poner barreras físicas a las adversidades climáticas entorpecedoras de las funciones taurinas o, antes bien, no debemos modificar la estructura de los cosos, sobremanera los señeros templos taurómacos, porque sería tal como profanarlos?

En la respuesta a esta pregunta, estimemos la envergadura de la reforma arquitectónica, la cual tal vez no sea tan aparatosa como pensamos: cada día se anuncian avances técnicos que hacen más discretas las intervenciones de este tipo.

5.4. El castigo y la suerte suprema

A principios de marzo de este año, en la salmantina Alba de Tormes, bajo el auspicio de la Junta de Castilla y León, se probaron una serie de útiles taurinos menos lesivos. A media docena de toros, se los picó con una puya más fina, se los banderilleó con rehiletos cuyo sistema de clavado era similar al empleado en el de la colocación de la divisa; y se utilizó, para darlos muerte, una espada con una hoja más ancha con el fin de que este trance fuera todo lo más rápido posible.

Dicho ensayo revela que, desde varios sectores de la tauromaquia, se postula que la ejecución de las suertes que conllevan un daño físico del cornúpeta, éste,

el daño, sea el imprescindible; no vaya más allá, pues el exceso comporta una tergiversación del sentido íntimo de la lidia. Además de, acertadamente, y por razones obvias, con la espada de una anchura mayor se busca que la agonía del toro no se demore, algo, sí, muy poco edificante.

En este punto, volvemos a recurrir al juicio de quienes han visto tanto y de los que pueden, por conocimiento teórico, aportar su saber para llevar a buen puerto la pretensión de que el toro sufra el daño preciso, no más, para que hasta que sea arrastrado por las mulillas sus reacciones transmitan el poderío implícito a su raza.

5.5. El primer tercio

Desde hace más de un siglo el tercio de varas ha sido motivo de análisis por parte de los taurófilos e, intuimos, seguirá siéndolo, por su importancia desde el punto de vista práctico y por la inigualable plasticidad que puede conllevar su ejecución, sumado a que, en sí, el tercio de varas supone una búsqueda aminoración de la potencia bruta del astado, propósito complicado de cumplir, ya que, de excedernos, quizá dejemos al imponente animal al borde de la expiración.

Este primer tercio es el gran examen de bravura al que se somete al toro. Así se arranque a la plaza montada desde una distancia mayor o menor —con especial atención el segundo encuentro, cuando ya sabe lo que le aguarda—; dependiendo si cabecea o no en la pelea y, por último, a tenor de su encelamiento o su deseo de huir de la jurisdicción del equino; según todo ello, en fin, el morlaco podrá presumir de la raza a la que pertenece o se ganará el remoquete de manso.

Por otro lado, insistimos, existe una funcionalidad en el tercio de varas: la búsqueda de ahormar la embestida del toro amén de suavizar, atemperar, su viaje. Para que en esta aspiración no ocasione el indeseable exceso que comporte la absoluta aniquilación de sus fuerzas, se estudia la aludida puya menos dañina. Además de ello, también debe valorarse dónde cae ésta, siendo el blanco ideal el dorso del morillo: la distancia con él, más aún si la herida es en los blandos o excesivamente trasera, es asaz perjudicial.

Como vemos, juegan múltiples factores para realizarlo correctamente. Bien lo saben los que han presenciado decenas y decenas de festejos. La contribución de quienes carecen de esa experiencia, conocido lo esencial de este trance, puede radicar en su falta de prejuicios para proponer ideas que acerquen este tercio a su ideal.

5.6. El segundo tercio

Avivadores, sinónimo de banderillas que define la razón de este tercio; aunque, por supuesto, no podemos obviar la belleza de su ejecución que engrandece este episodio de la lidia.

No obstante, y circunscribiéndonos a su utilidad, debemos reflexionar sobre el número de pares que debe lucir el morlaco. Caso de que se haga con presteza y, claro está, con primor, no es cuestión tan crucial. Ahora bien, si por razones de variada índole se produce una demora que conlleva un alto número de capotazos para poner en suerte al animal —es decir, afecta negativamente en la subsiguiente embestida—, debemos preguntarnos sobre lo justificado de nuestro afán para culminar este trámite con tan exagerada rectitud.

Los foros taurómacos deben detenerse en este aspecto, en los que la vieja erudición y quienes poseen mayor conocimientos sobre los avances técnicos que pueden introducirse para no perjudicar en exceso al animal deben expresar su saber para, como es de recibo, considerarlo.

5.7. El último tercio

Decíamos con anterioridad que la faena de muleta es actualmente la base de la lidia; es cierto que si el matador falla una y otra vez con la espada después de haber toreado muy bien con la franela, perderá su premio. Sin embargo, si la ha manejado con hondura y empaque se llevará las orejas al esportón aunque a la estocada haya que ponerla algún pero, prueba irrefutable de la importancia relativa de la suerte suprema.

Esta certeza desemboca en situaciones anómalas, tales como que el torero se empecine en transcender con su hacer ante un astado exhausto —muleta, muleta y más muleta—, trayéndole sin cuidado que el presidente tenga ya el

pañuelo blanco en la mano para señalar el primer aviso. En otras palabras: el aburrimiento se apodera de gran parte del tendido porque el ingrediente indispensable de la tauromaquia, la emoción, se ha ausentado.

Así las cosas, es fácil sospechar que se pondrá todo el esmero para que las condiciones del toro en el último tercio no desdigan a la especie a la que pertenece, algo ya apuntado cuando esbozamos cómo será la tauromaquia venidera, las tareas selectivas del ganado bravo, y las puyas y banderillas que se emplearán para no esquilmar las energías de la res a la que se enfrenta el diestro.

5.8. El reglamento

En buena lógica, la evolución en la tauromaquia implicará una reforma preceptiva acorde con las nuevas particularidades que presenta: la herramienta legislativa es recurso esencial para que el nuevo modelo se cumpla. En esta reforma, la experiencia y la innovación, encarnadas ambas corrientes por los protagonistas de estas páginas, ejercen un papel fundamental. Sus propuestas, acogidas en lugares y reuniones a las que más tarde nos referiremos, deben tenerse en cuenta a la hora de su redacción por la importancia de quienes las profieren.

Traigamos aquí una serie de cuestiones ineludibles que deben tratarse y plasmarse, si acaso, en este nuevo reglamento.

- Unificación normativa autonómica.
- Simplificación de los trámites administrativos vinculados a la organización de festejos.
- Atención a las nuevas prácticas taurinas, tal como la exhibición de corte puro.
- Mejora de la protección sanitaria en funciones taurinas populares.
- Apoyo a la formación taurina. Innovación, si procede, de los útiles de la lidia.
- Puesta en valor de la labor de los veterinarios por ser éstos los garantes de la integridad del toro bravo en la plaza.

6. La crónica taurina en el siglo XXI

La repercusión de la crónica taurina es tal que la obra taurómaca por excelencia, el Cossío, le dedica cientos de páginas. Hoy, esta crónica tiene dos vertientes: la inmediata de las retransmisiones televisiva y radiofónica; y la posterior que encuentra en las páginas de la prensa, bien en papel, bien en la pantalla del ordenador, acomodado.

Por todo ello, por la gran dimensión de la crónica taurina, debemos detenernos en ella. Las palabras que en televisión acompañan las imágenes de una faena tienen carácter, amén de explicativas, instructivas. Las impresas, además de narrar lo acontecido, pueden adquirir la categoría de literarias.

6.1. La televisión, escuela de aficionados

Creo que poco se pondera la trascendencia de los comentarios en las retransmisiones de los festejos taurinos. No son meras denominaciones de suertes junto a apreciaciones subjetivas de lo que sucede en la arena; la suma de afirmaciones que, a lo largo de temporada, profieren los locutores establece cuál es la tauromaquia vigente, de tal guisa que sirven de guía, inconscientemente o no, de corridas de toros que posteriormente el telespectador presencia *in situ*.

Pongamos un ejemplo. De unas temporadas a esta parte en las retransmisiones televisivas no se hace alusión alguna a la importancia de cargar la suerte con los engaños; ya no es como hace algunas décadas, hasta cuando se discrepaba sobre si para hacerlo había que echar la *pata pa'lante* o era suficiente que en el embroque el diestro depositara su peso en la pierna de salida. Ya no se hace mención de ello; y al no mencionarlo, no existe. Otro tanto ocurre con la calidad del pase: aún recordamos como Antonio Chenel, *Antoñete*, les otorgaba un galardón distinto —de oro, de plata y de bronce, a él así se lo habían enseñado— según la muleta en el cite se presentara más o menos adelantada. Ya es indiferente, y es habitual que el pase trazado desde muy atrás se ensalce como el no va más en el arte taurómico.

Si algunos son depositarios de la tauromaquia en su sentido más clásico, más ortodoxo, éstos son los viejos aficionados, los viejos toreros, y resulta cuanto

menos extraño que en las retransmisiones televisivas no se cuente con su voz, tan significativa para conocer la esencia de un toreo que toca directamente el corazón. Un juicio que se enriquecería con el punto de vista, en el mismo espacio, de la nueva hornada de aficionados.

6.2. La prensa, lugar de encuentro de la afición

Lógicamente, en la prensa, sobre todo en la especializada, encontramos juicios y artículos de opinión proferidos por taurófilos de toda edad. Sí, juntos, conforman una imagen completa de la afición actual; pero quizá, tal como en las imágenes panorámicas, perdemos la riqueza que proporcionan los detalles.

Toda función taurina, como toda creación humana, es interpretable, y los argumentos empleados, siendo dispares, pueden ser razonados, legítimos. A propósito de lo acabado de expresar, un modo de enriquecimiento para todos sería la recapitulación del festejo con una doble crónica, no desde criterios taurinos antagónicos, sino desde el modo de ver lo acaecido en el ruedo con los cristales tallados tiempo ha, que son los que portan quienes tantas veces se han sentado en los tendidos, y los cristales nítidos, immaculados, a través de los cuales los jóvenes observan lo que allí sucede.

7. Difusión y *streaming* en la tauromaquia del siglo XXI

Asevera atinadamente el maestro Morante de la Puebla que la tauromaquia debe explicarse. En esta época, en la que lo urbanita no sólo predomina sobre lo rural, sino que la ciudad tiene un absoluto desconocimiento acerca del mundo del campo, más allá de las visiones candorosas de algunos muy alejadas de la realidad, es necesario acercar lo concerniente a la tauromaquia ya que, añadido a los prejuicios de hogaño, hablamos de una manifestación repleta de elementos arcaicos.

Paradójicamente, este acercamiento debe realizarse con preferencia a través de los canales de comunicación contemporáneos, sin descartar los tradicionales, claro está. Imaginémosnos que para esta aproximación nos valiéramos exclusivamente del medio radiofónico. Con ello, advierto, no pretendo

despreciar una vía de transmisión tan importante, únicamente aludo a un hecho incuestionable: la radio ya no es el medio de comunicación más relevante.

Si uno de ellos descuella es el empleado por las plataformas de *streaming*, cuyas emisiones pueden ser en directo o registradas. De las primeras, con relación a la fiesta de los toros, hoy ha alcanzado gran popularidad *Mundotoro TV* —su cobertura cibernética llega a los cinco continentes; volvemos a lo de la aldea global virtual—; las otras, las grabaciones taurinas, tienen acomodo en plataformas en las que tienen cabida filmaciones de todo tipo imposibles de precisar: pensemos en lo que pensemos encontraremos un vídeo que responderá a nuestra consulta, a nuestro deseo de presenciar algo específico. Por ejemplo, ¿tenemos dudas qué es el galleo del bu? ¿O nos gustaría ver torear a Antonio Bienvenida? ¿Quizá queremos saber en qué consintió la revolución belmontina? ¿Y ese festejo celebrado hace unas pocas horas y ensalzado unánimemente en todos los medios digitales? No existe ningún problema: de todo ello hallaremos una grabación en, pongamos por caso, *YouTube*.

Mas esta plataforma es un bazar de imágenes tan inmenso que captar la atención de alguien que no es un demandante expreso es harto difícil. Para ello hay que conocer los entresijos de cómo funciona, de saber qué puede resultar sugerente para que otros —en el caso que nos ocupa, no aficionados en puridad— sientan la curiosidad sobre lo que es la tauromaquia, y en ese contacto, si no comiencen a apasionarse por la fiesta de los toros, al menos la comprendan.

Como es de sentido común, nadie conoce mejor que los jóvenes las posibles claves del éxito en las plataformas de *streaming*. Hay que requerir su saber para obtener una divulgación óptima; la divulgación de un mensaje que tendrá en la erudición de los mayores dónde beber.

8. Conclusión

Cuando estamos a punto de que el último toro sea arrastrado por las mulillas, concretemos cómo puede desarrollarse esa cooperación entre jóvenes y mayores la cual sea guía en el crecimiento y desarrollo del arte de los toros durante el presente siglo.

- Promoción de la asistencia a festejos taurinos de padres y abuelos con hijos y nietos menores de dieciocho años con el fin de favorecer la transmisión del amor a la tauromaquia.
- En centros de enseñanza y espacios físicos destinados a tal propósito, programación de conferencias impartidas por aficionados veteranos de probado carisma dirigidas, especialmente, a jóvenes deseosos de conocer los múltiples aspectos taurinos.
- Solicitud a aficionados universitarios y recién graduados para que presten el conocimiento adquirido en las aulas al servicio de la mejora de la tauromaquia por hallarse ellos en la cercanía temporal de toda innovación científica.
- Creación de secciones juveniles de sociedades taurinas, sobre todo en las de más solera. Es habitual que la edad de los integrantes de estas asociaciones no anime a inscribirse a los aficionados de menos edad; con tal medida, amén de forma de integración de éstos, se rejuvenecerá la sangre de estas agrupaciones tan arraigadas en el planeta taurino.
- Estudio detenido sobre cómo obtener una divulgación óptima de la tauromaquia a través de las plataformas y aplicaciones de *streaming*.
- Fomento de encuentros de veteranos y jóvenes aficionados en forma de mesas de trabajo, simposios, seminarios o jornadas. El objetivo de estas citas será que ambos grupos de edad den su parecer sobre diversas materias que atañen a la tauromaquia; a saber:
 - La sociedad del siglo XXI y los toros.
 - Evolución de la lidia desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días.
 - La organización de novilladas como imprescindible cantera del futuro.

- Posible modificación de los útiles taurinos.
- Mejoras estructurales de las plazas de toros; trabajos, éstos, respetuosos con su historia.
- Reforma y unificación reglamentaria.

No olvidemos que, siguiendo lo señalado en la Ley 18/2013, de 12 de noviembre, para la regulación de la Tauromaquia como patrimonio cultural, la Administración no debe permanecer indiferente a todo lo referido. En el punto e de su artículo 5 proclama que, como medida de fomento y protección, se ocupará «en colaboración con las restantes Administraciones Públicas, de los mecanismos de transmisión de los conocimientos y actividades artísticas, creativas y productivas que confluyen en la corrida de toros y el arte de lidiar», así como potenciará «otras medidas de identificación, documentación, investigación, valoración y transmisión de este patrimonio en sus distintos aspectos.» Es decir, la Administración velará para que el arte taurino, el arte que une a todas las generaciones, siga hablando de nosotros; continúe explicando nuestra alma.

Índice

1. Preámbulo	3
1.1. De mayores a jóvenes. El nacimiento de una pasión	3
1.2. Análisis de un hecho constante.....	5
2. La tauromaquia, un arte en continua evolución.....	8
3. Las edades del tendido	11
3.1. Los viejos aficionados.....	11
3.2. Los jóvenes aficionados	12
3.3. Un encuentro imprescindible	13
4. Características del siglo XXI. La tauromaquia en él.....	15
4.1. Amor a la Naturaleza.....	15
4.2. Animalismo	15
4.3. Feminismo.....	16
4.4. La aldea global física	17
4.5. La aldea global virtual	17
5. La tauromaquia del siglo XXI	18
5.1. Un intento de aproximación conceptual.....	18
5.2. La dehesa	19
5.3. Las plazas de toros.....	20
5.4. El castigo y la suerte suprema.....	20
5.5. El primer tercio	21
5.6. El segundo tercio	22
5.7. El último tercio	22
5.8. El reglamento	23
6. La crónica taurina en el siglo XXI	24
6.1. La televisión, escuela de aficionados	24
6.2. La prensa, lugar de encuentro de la afición.....	25
7. Difusión y <i>streaming</i> en la tauromaquia del siglo XXI.....	25
8. Conclusión	27